

EL ROSARISTA MONJE

EL COLEGIAL

Los ruidosos ecos de un baile sorprendían las calles, silenciosas de ordinario, que median entre la calle de Lesmes y la Carrera. La gran casa donde habitaba el Marqués de San Jorge estaba resplandeciente de luces y en el vasto salón lujosamente amueblado, estaba reunido lo más selecto de la sociedad santafereña. Aquel ruido, esas luces y esa reunión eran la fiesta nupcial de la hija de Don Jorge Tadeo Lozano.

Vestida de blanco, joven, bella y feliz, Manuela había jurado esa noche, al pie del altar de la capilla arzobispal, amor eterno al hombre que amaba. Don Juan se lo había ofrecido igualmente, y gozaba en medio de sus dos familias y de una numerosa reunión de amigos, de los placeres purísimos que apareja una unión feliz y simpática.

Esta escena pasaba en una de las noches de enero de 1789. Dos años más joven que el novio era uno de sus hermanos que estaba allí y a la sazón contaba veinte. Su cara hermosa y risueña reflejaba su alegría; íntimamente ligado con Juan por la cercanía de edad, por haberse criado juntos, por ser el favorito uno de otro, y por haber hecho sus estudios en común, la fiesta era también para don Fernando, quien gozaba más que nadie de la felicidad de un hermano que tanto amaba.

Don Fernando iba vestido con el lujoso y pintoresco traje que entonces se usaba; desde el zapato con hebilla de oro hasta la casaca de ancha falda, y desde el chaleco largo y bordado hasta la media de seda, que dibujaba el perfil de su pierna robusta, y el pantalón corto y abrochado sobre la rodilla, todo era lujo y elegancia.

La barba apenas comenzaba a sombrear su rostro; y su porte airoso y la expresión indeleble de melancolía re-

flexiva que tenían sus ojos negros, hacían de él un hermoso joven. COLEGIAL DEL ROSARIO donde había empezado su carrera y donde ya había recibido el grado de Licenciado en leyes, había mostrado un gran talento y aprovechado hasta el extremo de granjearse una amistad particular y honrosa de parte del Virrey Ezpeleta. El único defecto que le hubieran puesto sus superiores era su imaginación apasionada y siempre calorosa, y sus atrevidas divagaciones aun sobre materias religiosas, en lo cual el más pequeño desvío era un escándalo terrible bajo la dominación del señor Compañón, que entonces regía la Iglesia Neogranadina. Este Arzobispo era el mismo que en una memoria que había elevado al Rey y cuyo borrador fue leído en Santafé después de su muerte, decía: «Hay que tener cuidado con los libros de texto para los colegios, porque los americanos son propensos a la impiedad».

Sin embargo, don Fernando no era impío.

Aquella misma noche volvió al colegio de donde había salido con licencia especial sólo para acompañar la fiesta de su hermano. Y ya estaba otra vez en el vasto dormitorio del Rosario, cuando los últimos ecos del baile alegraban aún las calles de Lesmes y de la Carrera.

DON FERNANDO

Ocho años habían trascurrido. Como en aquella primera escena, era de noche; y como en aquella noche, salían rayos de luz de un balcón, iluminando una faja al través de la Calle Real. Las puertas del balcón entreabiertas y la luz dejaban conocer que alguien velaba en la pieza de la esquina, en la casa con que empieza la tercera calle del Comercio (1). La sonora campana del

(1) La misma en que, diez y siete años más tarde, el 30 de junio de 1806, nació don Ignacio Gutiérrez y Vergara. Don Fernando y don Juan eran tíos carnales de su madre, doña Antonia de Vergara.

reloj de la catedral había dado pausada y tristemente doce campanazos.

El cuarto que presenciaba aquel insomnio estaba amueblado al uso de la época. El cielo raso blanqueado con yeso tenía en la mitad un florón de madera dorada; y el color oscurecido del oro en las roscas y labores, reflejaba y descomponía de una manera extraña la luz de dos bujías. En rededor del aposento, bajaba hasta el suelo una colgadura de lana de fondo morado con ramazón y cornisa de cortinillas con fleco de seda. Un bastidor de lienzo pintado con dos puertas practicadas a los lados, dividía en dos el cuarto; en el interior era la alcoba. Una cama de granadillo cuyas cabeceras eran formadas por una triple serie de balaústres, cubierta con colgadura de angaripola de vivos colores, quedaba en un lado. Una mesa de baño, un ropero y tres sillas de brazos completaban su mobiliario. En la pieza exterior había un ancho canapé, y al frente un alto estante ordinario abrumado de libros. En medio de la pieza, una gran mesa forrada de vaqueta, con un pupitre de rosa y escribanía de plata; cerros de expedientes y papeles rodeaban confusamente la mesa. Junto a la ventana había dos escritorios de carey, y en las paredes colgadas algunas pinturas al óleo, con marcos taraceados: una de ellas representaba un Eccehomo.

La persona que velaba era don Fernando, a quien ya conocemos. A los veintisiete años todas sus formas estaban desarrolladas, y era una noble figura. Su barba y ojos negros aumentaban la expresión ya no triste sino amarga de su rostro, cuya hermosura varonil se aumentaba con la contracción que había en él, producida por un dolor interno. Con largos pasos medía repetidas veces la extensión de su pieza, y no tenía reparo, solo como estaba, en mostrar la agitación de su alma con exclamaciones interrumpidas.

De repente, parándose ante la mesa, fijó la mirada sobre un oficio con el sello del Virrey, que estaba abierto sobre el pupitre.

«Qué! decía, el mundo se obstina en colmar una ambición que no tengo, mientras que nadie sacia la sed de consuelos y de tranquilidad que siento! ¿Por qué esta nueva prueba de la afectuosa amistad de Ezpeleta no hace sino rebozar mi copa de amargura? Oh! Dios mío.....!»

Y era cierto. Cada día se hacía más inconstante y descontento el humor de aquel joven, tan prodigiosamente dotado por la naturaleza y por la sociedad. En la mejor edad de la vida, se le veía unas veces buscando locos compañeros para diversiones ruidosas, y otras escondiéndose en la soledad y huyendo aun de su misma familia que lo quería entrañablemente; pero siempre recargado de trabajo. Los hombres habían creído adivinar una ambición gigantesca en esa carrera brillante, en ese relevante talento y en aquel trabajo incansable; y se habían apresurado a darle destinos que hubieran hecho feliz la vanidad y el orgullo de un joven. Pero Dios había visto un elegido en aquella alma fervorosa, y se había apresurado a hacer amargo todo pan que diera el mundo a aquel espíritu hambriento.

Graduado de doctor en ambos derechos a los veinticuatro años, había entrado al foro precedido de una reputación, e iba señalándose como uno de los mejores abogados de la Audiencia del Virreinato. Poco tiempo después había sido nombrado para regir las cátedras de Derecho en el mismo colegio donde había estudiado, en seguida Regidor de Santafé, y elegido por la Audiencia para una comisión reservada en Santa Marta.

Su salud débil y complexión delicada unida a su irresolución en todo, hacían de él un mártir.

Nombrado últimamente por el Monarca Teniente Gobernador, Asesor y Auditor de guerra para la provin-

cia de Popayán, cuando todos creían que aceptaría aquel empleo cuya salida era, para la Audiencia de Quito, se le vio más triste, más embarazado que nunca.

«Una novedad como ésta, y nunca experimentada en igual grado, dice su confesor en una carta, pudiera atribuirse a una hipocondría exaltada pero Dios era el que por este medio de bondad comenzaba a insinuarse en su corazón». Años tras años se habían sucedido, y cada vez era mayor la desesperación y angustia, deteniéndose a examinar las obligaciones que le imponía el nombre de cristiano, y el terrible juicio que sufre el alma al presentarse ante Dios.

Cuando el alba empezó a iluminar las calles de Santafé, el balcón que no había sido cerrado en toda la noche, dejó ver a don Fernando que había caído de rodillas, sollozando, levantarse a la primera luz del sol, y a la última llamada de su lámpara.

Envolviéndose entonces en una capa de paño mezclilla y cubriéndose con un sombrero de castor, salió pálido y encorvado, y se entraba poco rato después al convento de los Capuchinos.

El libro de los ejercicios, ese libro misterioso y terrible que San Ignacio escribió bajo el dictado de alguna inspiración que no fue sólo su gran genio, abrió sus páginas a los ojos de don Fernando.

Apoyó las palabras tremendas la voz llena de unción del padre Aras: y la suerte de don Fernando se decidió para siempre. Pidió el hábito de fraile capuchino, y su confesor, hombre juicioso y entendido, le dijo: «Dejad que se aclare este misterio. Volved al mundo!»

—Por cuánto tiempo, padre?

—Por todo el que determine Dios.

Don Fernando quiso oponerse a esta determinación que lo volvía a poner en el lugar de su suplicio: pero el padre Aras dijo:

—Perteneceis a Dios, y en su nombre os lo digo: volved a vuestra casa, que no dejará de serlo vuestra el convento de capuchinos.

Desde entonces don Fernando que había apagado ya con agua de humildad cristiana la hoguera del orgullo, obedeció al sacerdote que se encargó de llevarlo al cielo.

Tres años pasaron así.

EL FRAILE

En la huerta del monasterio de Santa Susana de la Trapa, en Aragón, estaba cavando su sepultura un fraile.

Acababa de ser enterrado junto a ella el padre Íñigo Gálviz, hijo de Santafé; y el que se prevenía para dormir junto al padre Gálviz, lo hacía alegremente. Imposible hubiera sido distinguir en aquel fraile que se llamaba Fray Ignacio, de rostro descarnado y manos enflaquecidas, al brillante joven abogado de Santafé. Y sin embargo era el mismo: era don Fernando.

Pero tenía una expresión de alegría que nunca se le había conocido: esto también lo diferenciaba mucho.

Seis meses hacía que se le había concedido el hábito de San Bruno. El nuevo monje del Cister había edificado en tan corto tiempo a la numerosa comunidad con la práctica de las virtudes cristianas y de la penitencia monástica en su último punto.

Había tomado el hábito el día de la Natividad de la Virgen en el año de 1803.

Se necesitarían muchas páginas para contar los obstáculos que venció para llegar a la Trapa. Habiendo salido de Bogotá para la hacienda de Contreras, perteneciente a don Luis Caicedo, su primo hermano, a cuya casa lo enviaban los médicos para que el temperamento cálido salvase su vida amenazada, había dicho en su corazón un adiós eterno a los hermanos que dejaba en Bogotá, y a otros dos que ya no debía volver a ver, y que se habían establecido en Popayán. Solamente su con-

fesor sabía a dónde iba: su familia se hubiera opuesto al viaje que proyectaba.

La fiebre amarilla lo apartaba de un buque desde que llegó a Cartagena: en otro, el capitán rehusaba admitirlo como pasajero, porque su aspecto enfermizo le hacía temer una cuarentena al llegar a la Habana. Antonio Villavicencio, su primo, que diez y seis años más tarde, el 6 de junio de 1816, murió en el patíbulo como prócer de la independencia, interpuso en vano su amistad para que no se embarcara en el bergantín *Correo* que estaba infestado. Llegado a la Habana, sintió un horror invencible por la larga navegación que le esperaba, y además los capitanes de buques se denegaban formalmente a llevarle, por el temor de que se enfermase gravemente y sufrieran por él cuarentena en Cádiz. Dios, al fin, le hizo vencer el horror de la navegación, y le proporcionó un capitán de fragata que quisiese conducirlo. La fragata sufrió temporales, y se acabaron los víveres, cuando estaban aún a quinientas leguas de Cádiz. Socorridos casualmente por un bergantín portugués que les dio comestibles, llegaron, por fin, a Cádiz, donde la Junta de Sanidad, contra toda esperanza, no los detuvo en el desembarque sino veinticuatro horas. De Cádiz siguió para Valencia y Lérida, y últimamente golpeó, peregrino y suplicante, en las puertas del monasterio de la Trapa.

Los Superiores, lejos de despedirlo, como él lo temía, al ver su mala salud y sus angustiosos temores, lo admitieron y tomó el hábito, como dije ya,

El 30 de octubre de 1803 escribió así á sus hermanos: «Todo me ha hecho ratificar el que Dios quería que viniera a esta su casa, y más al ver que cada día me hallo más contento y como en el lugar de mi descanso..... El monasterio es bello y está muy bien situado: es como una pequeña república, la más bien ordenada, en la cual brilla la moderación religiosa tanto como el aseo y primor en todo».

En la cuaresma de 1804, a pesar de su débil salud, se entregó a todos los rigores de la penitencia monacal.

El jueves santo bajó con trabajo a la iglesia para recibir la comunión, junto con todos los monjes, de manos del padre Abad.

Al volver a la enfermería, conoció que estaba en sus últimos momentos. Acostado sobre la ceniza recibió los postreros sacramentos, pidió perdón a sus hermanos, se recomendó a sus oraciones y, rodeado de ellos, expiró.....

El sol salía entonces en el cielo aragonés, alumbrando la mañana del 2 de abril de 1804.

EPÍLOGO

Tal fue la vida y muerte de Fray Ignacio, llamado en el mundo don Fernando de Vergara.

* * *

En el mes de julio de aquel mismo año, navegaban para España dos granadinos.

Uno de ellos, don Juan, hermano del que acababa de morir.

Viudo hacia algunos años, iba a establecerse en Madrid con el solo hijo que le había dejado doña Manuela Lozano.

A la mitad del viaje se sintió enfermo, y a la noche siguiente murió, tres meses después de su hermano.

Su hijo, de edad de once años, vio morir a su padre, y vio darle la sepultura que se acostumbra entra los navegantes, el mar.....

El niño que quedaba huérfano y solo, en medio del mar, llegó a España; y después de una vida llena de extrañas vicisitudes, murió en Bogotá el 19 de junio de 1857.

Se llamaba el General *José María Vergara*.

JOSÉ MARÍA VERGARA Y VERGARA